

Conocer la pobreza para superarla

Hace algunos años la pobreza no era asunto que interesara a la prensa y a otros medios de difusión masiva. Incluso, algunos gobiernos de América Latina veían con recelo los estudios para medirla y analizarla. Los organismos internacionales le prestaban menos atención que en la década de los setenta. Éstos y los gobiernos estaban abrumados con las políticas que se aplicaban contra la crisis. A mediados del siguiente decenio, sin embargo, se empezó a hablar cada vez más del costo social de la crisis, aunque fueron pocos los esfuerzos sistemáticos para revertirlo. Hoy, en cambio, el panorama es diferente. La inmensa mayoría de los países latinoamericanos y la mayor parte de los organismos internacionales se ocupan mucho más del tema. La búsqueda de soluciones adecuadas es creciente. En la prensa se publican con frecuencia notas, reportajes y otros materiales sobre la pobreza. Quizá sea prematuro asegurar que tal interés perdure, pero parece necesario explorar de manera sucinta los factores que lo explican directa o indirectamente.

Por una parte, se encuentran fenómenos globales de gran envergadura. El mundo vive años de transformación vertiginosa, como la globalización cada día mayor de la economía mundial, el fin de la guerra fría y el derrumbe de los sistemas centralmente planificados y su tránsito hacia economías de mercado, para sólo citar algunos. Detrás de estos fenómenos está la revolución científico-técnica que se vigoriza cada día. La importancia de ésta va mucho más allá de sus consecuencias aparentes. Los cambios que trae consigo significan una nueva posición del hombre en el proceso productivo y un nuevo factor estratégico en el poder económico y en la competencia internacional. El ser humano maneja cada vez menos materiales en forma directa. En lugar de ello diseña y programa robots, se ocupa de la comercialización y maneja y aprovecha la teleinformática. El factor estratégico de la competencia global es cada vez más la capacidad humana que prepara el proceso de producción. El desarrollo de estas capacidades humanas es, quizá por primera vez en la historia, el factor clave del poderío económico, desplazando al capital que a su vez había sustituido a la tierra. El sentido profundamente alentador de este cambio es que el desarrollo económico y el desarrollo humano pueden dejar de contraponerse por primera vez. Así, el desarrollo de las capacidades humanas es ya el requisito fundamental del desarrollo económico. Superar la pobreza deja de ser una preocupación moral para convertirse en un imperativo económico.¹

1. La literatura que documenta la revolución científico-técnica y sus consecuencias es muy amplia. Uno de los primeros trabajos, y uno de los más importantes, es el de Radovan Richta, *La civilización en la encrucijada*, Artiach Editorial, Madrid, 1972. Para una visión más reciente, véanse los diversos artículos contenidos en *Revolución Tecnológica y Empleo*, núm. 1, México, 1984, así como los libros de Alvin Toffler, especialmente *La tercera ola*, Plaza & Janes Editores, Barcelona, 1980, y *Power Shift*, Bantam Books, Nueva York, 1990.

El triunfo prácticamente universal de las economías de mercado deja a éstas en una nueva situación frente a las necesidades que no se manifiestan mediante el "libre juego de la oferta y la demanda": las que por falta de poder adquisitivo quedan insatisfechas. Ya no se trata de "vencer al comunismo" sino de superar al competidor. De ahí el renovado interés de mejorar el sistema educativo en Estados Unidos y en otros países capitalistas industrializados. Además, el mundo ha quedado dividido ya solamente entre países ricos y pobres. Ahora, la pobreza y el desarrollo humano cobran una relevancia inusitada, libres ya del peso ideológico y político que entrañaba la confrontación con los países socialistas, pero con la renovada carga, mucho más intensa porque afecta la vida cotidiana, de que en ello va en juego el vigor económico de las naciones.

Hay además otra consecuencia del menguado papel del trabajador directo: el decaimiento de la fuerza política y económica de la clase obrera. La reconversión industrial; la robotización, o su alternativa práctica en términos de costos: la descentralización de la producción a países con costos más bajos de mano de obra; la importancia decreciente de la producción de bienes en la economía mundial a favor de los servicios, y el desarrollo creciente de las empresas pequeñas y micro, son elementos adicionales que explican esta pérdida de la fuerza obrera. Así, de manera creciente, la lucha entre obreros y empresarios va perdiendo su papel central en el desarrollo y la consolidación de las legislaciones sociales. Esto, por un lado, favorece políticamente el desmantelamiento del Estado benefactor, pero por otro abre el espacio a nuevas formas de organización, en las que el rasgo común de los participantes ya no es necesariamente su posición ocupacional, sino su sitio común de residencia, su pertenencia de género, sus problemas compartidos, cuyo denominador común es en buena medida la pobreza. Parecería que la distinción esencial entre las personas, igual que entre las naciones, tiende a ser la de ricos y pobres. Si estas tendencias son correctas, el renovado interés mundial por la pobreza, y por su contraparte, el desarrollo social o humano, será esta vez permanente.

A la acción de los factores globales se suman circunstancias específicas de América Latina, como la mayor conciencia del grave aumento de la pobreza durante la llamada década perdida; la presencia general de gobiernos democráticos en la región, que ha abierto las posibilidades de expresión plural y creado la necesidad política de compensar los efectos de la crisis; la retirada creciente de los gobiernos de las actividades empresariales, lo que crea las condiciones para que los estados empresarios se transformen en estados que velan por la equidad; el resurgimiento de la iniciativa de una sociedad civil (cualitativamente transformada) durante los años de crisis, que ha multiplicado enormemente los interlocutores de los gobiernos.

No es extraño, pues, que el discurso de la pobreza esté desplazando parcialmente al de la política social en general. Este cambio tiene muchas implicaciones, no todas ellas positivas. Una es que ciertos servicios (salud, seguridad social, etc.) deben otorgarse a individuos en tanto que tales, y no en función de su posición ocupacional. En América Latina, donde la cobertura de la seguridad social ha sido tradicionalmente baja (en 1985 sólo era de 43.8% de la población económicamente activa, menos que en 1980²), éste

2. Luis Becerra, Julio Boltvinik, Oscar Fresneda, Amartya Sen y otros, *América Latina: el reto de la pobreza*, Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza, PNUD, Bogotá, capítulo 16, en prensa.

puede ser un cambio hacia una mayor equidad. Igualmente, el discurso de la pobreza permite plantear la necesidad de combinar las políticas económicas y las sociales, incluyendo el fomento de la economía popular, como lo podrá apreciar el lector en el número de mayo de *Comercio Exterior*.

¿Por qué es necesario conocer la pobreza para superarla?

Los textos reunidos en este número abordan la discusión conceptual y metodológica de la pobreza, muestran sus niveles y su evolución en América Latina, y analizan las características demográficas y ocupacionales de los pobres. Todavía se escuchan voces escépticas sobre la utilidad de este tipo de información y análisis. Tras tal escepticismo está la idea de que la pobreza es un fenómeno tan obvio y tan visible que resulta innecesario dedicar esfuerzos a conocerla y estudiarla. Resulta curioso que muchas de esas voces se alcen, por otra parte, en apoyo de la indudable importancia de las cuentas nacionales, de las estadísticas demográficas o de los indicadores de la contaminación. Es necesario responder a este escepticismo.

En primer lugar, como lo muestran diversos trabajos incluidos en el presente número, el concepto de pobreza y, por tanto, su traducción en mediciones, no es evidente. En el artículo de Amartya Sen se aprecia, por ejemplo, que el concepto y las mediciones de la pobreza han estado sujetas a una gran polémica; particularmente entre las visiones opuestas del enfoque biológico o de mera subsistencia, y el de privación o pobreza relativa. Adoptar uno u otro tiene una enorme repercusión en los cálculos sobre la incidencia e intensidad de la pobreza, e incluso sobre el signo de su evolución.³

En segundo lugar, las mediciones de la pobreza constituyen un punto de referencia evidente de toda política tendiente a abatirla o a superarla. Conocer el volumen y las características de la población pobre equivale a definir la población objetivo para tales políticas. Sin este conocimiento, y sin mecanismos adecuados de control, se corre el peligro de terminar beneficiando a grupos poblacionales diferentes (véase la última parte del artículo de Hernández Laos en este número). Tampoco resulta eficiente emprender acciones sin conocer las carencias específicas de los diferentes grupos de pobres, para lo cual son sumamente valiosos los métodos que, como el de medición integrada de la pobreza (MIP), permiten subclasificar a los pobres según la naturaleza de sus carencias. De poco serviría, por ejemplo, concentrar la política en el abastecimiento de drenaje en Buenos Aires, donde la mayor parte de los pobres no sufren de esta carencia (véase el artículo de Alberto Minujin y Pablo Vinocur en este número). Igualmente, es fundamental entender la naturaleza multidimensional de la pobreza de algunos grupos

3. Véase el fascinante texto de Michael Harrington, *The New American Poverty*, Penguin Books, Nueva York, 1985, capítulo 4, donde examina los problemas estadísticos y conceptuales asociados a la medición de la pobreza en Estados Unidos. Entre otras cosas, cita los argumentos de Mollie Orshansky, la creadora de la línea oficial de la pobreza en dicho país, en el sentido de que de 1954, año en que se estableció esta línea y 1965, año de los argumentos de Orshansky, el coeficiente de Engel —proporción del ingreso que los hogares gastan en alimentos— se había modificado de 3 a 3.45. Por tanto, si la realidad había cambiado, también debería hacerlo la línea de pobreza. La evolución de la pobreza sería muy diferente de la que resulta manteniendo la línea constante. Aquí Harrington acuña la siguiente y admirable frase: "Una definición seria de la pobreza tiene que ser tan absoluta como la muerte y tan relativa como los cambiantes niveles de vida".

de pobres (pero no de todos ellos), para apreciar el carácter insuficiente de los programas dirigidos a resolver sólo algunas carencias.

En tercer lugar, las mediciones periódicas (anuales por lo menos) permiten evaluar la eficacia de las políticas emprendidas. Algunos países de América Latina han avanzado considerablemente en este aspecto. Colombia obtiene resultados anuales de medición de la pobreza gracias a la encuesta permanente de hogares, y el presidente Barco incluía en su informe anual al Congreso el análisis de la evolución de la pobreza por el método de las necesidades básicas insatisfechas (NBI). La Encuesta de Caracterización Económica Nacional (Casen), concebida especialmente para evaluar los programas de lucha contra la pobreza en Chile, permite conocer quiénes son los beneficiarios de dichos programas, así como el efecto general de las políticas macrosociales. Establecida por el gobierno militar, ha sido nuevamente levantada y procesada por el democrático.⁴ Colombia, por su parte, ha dado un paso adicional al formular y levantar la Encuesta sobre Calidad de Vida y Pobreza en Bogotá, que se piensa generalizar a otras áreas del país. El Banco Mundial ha promovido en varios países de la región (Perú, Jamaica, Bolivia, Venezuela) las encuestas de niveles de vida. Por desgracia, parece que hay dificultades para que estas encuestas se apliquen en forma permanente, lo cual nulifica su utilidad como instrumentos de evaluación.

Como podrá apreciar el lector (particularmente en los trabajos del Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza, del PNUD, de Lidia Barreiros, y de Minujin y Vinocur), el análisis de las características de los pobres permite entender la asociación de la pobreza con el ciclo de vida del hogar, con la estructura de edades y tamaños de los hogares, con las tasas de participación ocupacional, y con los ingresos medios de los ocupados y sus determinantes, como los niveles educativos.

Por último, si los esfuerzos de lucha contra la pobreza han de volverse permanentes, es evidente que requieren de un marco estadístico de igual naturaleza.

Estructura y contenido del número

Con este número de *Comercio Exterior* y con el de mayo próximo se busca proporcionar al lector una imagen, lo más completa posible dadas las restricciones de espacio, de los siguientes aspectos: a] Las principales posturas sobre el concepto de la pobreza y sus métodos de medición. b] Un panorama de las dimensiones, la evolución y las características de la pobreza en América Latina. c] Un conocimiento de algunas experiencias de la lucha contra la pobreza en la región. d] Varias propuestas de política para la superación de la pobreza, que apuntan los caminos posibles según diversos puntos de vista. Los dos primeros aspectos se abordan en este número. Los dos últimos son materia del próximo.

Se ha procurado que los materiales seleccionados para ambos números reflejen la pluralidad de puntos de vista sobre todos los aspectos del tema; que sean textos poco

4. Un análisis de la Casen 1990 y de sus principales resultados está en Mariana Schkolnik, *Encuesta de caracterización socioeconómica nacional. Un instrumento para una asignación eficiente del gasto social*, Ministerio de Planificación y Cooperación, Gobierno de Chile, noviembre de 1991.

conocidos en español; que estén cercanos a las reflexiones y preocupaciones que predominan en América Latina. En cuanto a los trabajos de naturaleza empírica, se ha querido mostrar la situación latinoamericana en su conjunto, complementándola con la situación de países específicos. En cuanto a la fuente de los trabajos se ha procurado también una visión plural, incluyendo los de gobiernos, organismos internacionales y autores independientes. Lograr equilibrio simultáneo en todas estas dimensiones no es fácil, sobre todo si se consideran las restricciones de espacio y la disponibilidad de materiales.

Los primeros seis artículos cubren principalmente los aspectos conceptuales y metodológicos. De ellos, cuatro son de 1990 o posteriores, y dos datan de la primera parte de la década de los ochenta (los de Amartya Sen y Lidia Barreiros), pero el de Sen no ha sido difundido en español. Los tres primeros y el sexto son de responsabilidad individual y aunque su desarrollo estuvo vinculado con organismos internacionales (con la OIT los de Amartya Sen y Lidia Barreiros; con el PNUD los de Meghnad Desai y Julio Boltvinik), los cuatro reflejan puntos de vista estrictamente personales. Sus autores se desempeñan actualmente en el medio académico (Universidad de Harvard, London School of Economics, El Colegio de México y el Instituto de Estudios Sociales de La Haya). Los últimos trabajos de esta sexteta son institucionales: provienen de la CEPAL y el PNUD y del Banco Mundial.

Además de esta diversidad de origen, los artículos cubren un amplio espectro en cuanto a su contenido. El de Amartya Sen es el más amplio, pues cubre prácticamente todos los problemas de medición de la pobreza, ubicándolos en un marco conceptual adecuado. Igualmente es amplia la temática del trabajo del Banco Mundial, aunque su breve extensión limita el tratamiento de cada punto. Al igual que el de Lidia Barreiros, cubre los aspectos conceptuales y muestra también ciertos resultados de la aplicación, en este caso para el mundo en su conjunto. El artículo de Meghnad Desai es, de todos los incluidos en este número, el único cuyo contenido rebasa el tema de la pobreza para abordar el más amplio, que lo incluye, del progreso social. Los trabajos de la CEPAL y el PNUD y de Julio Boltvinik se concentran, en cambio, en un propósito específico. En los primeros se explica la metodología utilizada en el estudio de la pobreza (por el método del ingreso) en América Latina en 1980 y 1986. En el segundo se desarrolla el método de medición integrada de la pobreza (MIP) que ha cobrado cierto auge en los últimos años en la región. El artículo de Lidia Barreiros, además de cubrir algunos aspectos metodológicos, muestra la situación de la pobreza en Ecuador y establece así el puente con los trabajos de corte más empírico que constituyen el resto del número. En estos últimos (los de Alberto Minujin y Pablo Vinocur, por una parte, y de Enrique Hernández Laos, por otra) se muestran las dimensiones, la evolución y las características de la pobreza en América Latina en su conjunto y, con mayor detalle, en Buenos Aires y en México. En ellos no están ausentes, sin embargo, los aspectos conceptuales y metodológicos, ya que contienen secciones o comentarios de esta naturaleza. El artículo sobre la pobreza en el Gran Buenos Aires forma parte de un amplio estudio oficial acerca de este fenómeno en Argentina y utiliza como método básico el MIP. El trabajo referente a México se debe a un profesor e investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana y ofrece un interés metodológico particular pues entre los procedimientos de medición y análisis que maneja figura el de una canasta normativa completa para definir la línea de pobreza, camino éste que rara vez se ha seguido en el mundo, salvo

quizá en las investigaciones de la Coordinación General de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (Coplamar) en México.

El método de medición integrada de la pobreza

El MIP es un método de medición de la pobreza bastante nuevo y materia de varios de los trabajos aquí incluidos. Conviene, por tanto, analizar sus orígenes y su aceptación actual. Luis Beccaria y Alberto Minujin dieron los primeros pasos que habrían de llevar a su desarrollo. Estos autores se proponían comparar los resultados de los métodos de la línea de pobreza (LP) y de las necesidades básicas insatisfechas (NBI). No sólo resultaron diferentes las incidencias sino que la población identificada como pobre según ambos métodos, la intersección de ambos conjuntos, resultó una fracción relativamente pequeña de éstos. Minujin y Vinocur explican así dichos resultados: "Estas diferencias obedecen a que con el criterio de necesidades básicas insatisfechas se estaría detectando a los pobres estructurales —que poseen una vivienda deficitaria, o bajo nivel educativo, u otras carencias— mientras que con el criterio de la línea de pobreza, al caracterizar a los hogares como pobres de acuerdo con el ingreso total percibido, se detectaría a los hogares pauperizados, de particular importancia en el caso argentino" (véase su artículo en este mismo número).

Rubén Kaztman también combinó las metodologías de la LP y de las NBI en un trabajo que pretende "explorar una nueva forma de aproximarse al volumen y naturaleza de los hogares afectados, que permitiría precisar el significado del concepto de pobreza, mediante la diferenciación de las manifestaciones más o menos permanentes de la misma."⁵ El autor conforma cuatro categorías de hogares. Denomina pobres a los que se encuentran por debajo de la línea de pobreza y los subdividen en dos categorías: a) pobres crónicos, aquellos que además de ingresos insuficientes padecen al menos una necesidad básica insatisfecha, y b) pobres recientes, los que sólo tienen ingresos insuficientes, pero no muestran necesidades básicas insatisfechas. Las otras dos categorías están constituidas por los que no están por debajo de la línea de pobreza, y a quienes sin embargo, evita llamar no pobres, c) hogares con carencias inerciales, es decir, los que no están por debajo de la línea de pobreza, presentan al menos una necesidad básica insatisfecha, y d) hogares en condiciones de integración social, es decir, los que no están por debajo de la línea de la pobreza y tampoco padecen necesidades básicas insatisfechas.⁶ Kaztman analiza cuidadosamente los perfiles de los cuatro grupos de hogares en Montevideo, y encuentra justificado sostener como hipótesis las características de cada uno, tal como las reflejan sus nombres. Una evaluación completa de tan importante trabajo rebasa los límites de esta presentación. Sin embargo, nótese lo siguiente:

1) La tipología es ambigua, puesto que si bien se define quiénes son los pobres, se evita identificar claramente a los no pobres: la categoría de hogares con carencias inerciales parece, en efecto, no pertenecer ni a los pobres ni a los no pobres, lo que de paso impide llamar no pobres a los que están en "condiciones de integración social".

5. Rubén Kaztman, "La heterogeneidad de la pobreza. El caso de Montevideo", en *Revista de la CEPAL*, núm. 37, abril de 1989, Santiago de Chile, p. 142.

6. *Ibid.*, p. 146.

2) La "nueva forma de aproximarse al volumen" de los hogares afectados se frustra desde el comienzo, en tanto que, por definición, se les llama pobres a los que se encuentran por debajo de la línea de pobreza.

3) El autor asume una posición asimétrica respecto a los dos métodos en que se apoya, puesto que desde el principio define la pobreza como "la situación más o menos permanente de los hogares cuya *insuficiencia de ingresos* redundando en carencias críticas en la satisfacción de las necesidades básicas."⁷ Cabría preguntarse por qué no se pone en duda —al igual que con los "inerciales"— la identificación como pobres de los llamados "recientes", puesto que no cumplen con la característica anotada de estar en "situación más o menos permanente".

Si se parte de una posición crítica a la variante de la canasta normativa de alimentos del método de la LP, es posible concluir que en la práctica ambas mediciones se complementan. Debe advertirse, sin embargo, que esta complementariedad es un resultado casual y que está sujeta a diversos problemas. Como resultado de una coincidencia entre las variables disponibles en las encuestas de hogares (que reflejan la situación de las necesidades básicas que dependen de la inversión pública y privada y del consumo público) y el ingreso corriente disponible en dichos hogares (que refleja la situación de las necesidades básicas que dependen de tales percepciones monetarias) se habría logrado una complementariedad relativamente feliz entre ambos procedimientos. Al aplicar éstos conjuntamente, la población pobre resulta la unión de los conjuntos de pobres detectados por ambos métodos y no su intersección.⁸ En términos de la tipología de Katzman, esto implica que la población pobre estaría constituida por los crónicos, los recientes y los inerciales.

A partir de esta tesis, el Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza del PNUD empezó a promover la aplicación de tal combinación de métodos y acuñó el nombre con que se le conoce: medición integrada. El método, y los cálculos derivados de su aplicación, se presentaron a los representantes de los gobiernos en la II Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe.⁹ En el documento denominado Declaración de Quito se señala entre los acuerdos de dicha Conferencia el siguiente: "Recomendar y promover el uso del método integrado de medición de la pobreza, MIP, en los países de América Latina y el Caribe."¹⁰

¿Qué puede decirse en cuanto a su aceptación actual? En primer lugar, adviértase que, a diferencia de Katzman, el grupo de investigadores del Instituto Nacional de Estadística y Censos y del Proyecto de Investigación sobre la Pobreza en Argentina (Indec-IPA) que, como hemos visto, tuvieron un papel importante en el desarrollo inicial del método, consideran pobres a los tres grupos: crónicos, recientes e inerciales (véase el artículo de Minujin y Vinocur en este número). En este sentido coinciden con las tesis del Proyecto de Pobreza del PNUD. En la CEPAL se considera que los pobres se deben identificar

7. *Ibid.*, p. 141, cursivas añadidas.

8. Véase Julio Boltvinik, *Pobreza y necesidades básicas. Conceptos y métodos de medición*, Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza, PNUD, Caracas, 1990, pp. 30 y 38.

9. Véase Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza, *Desarrollo sin pobreza*, PNUD, Bogotá, 1990, capítulos 2 y 3.

10. El texto completo de la Declaración de Quito se encuentra en *Comercio Exterior*, vol. 41, núm. 5, pp. 463-466.

mediante la variante de la canasta normativa de alimentos del método de la línea de la pobreza. Los cálculos basados en las NBI se siguen concibiendo como un método alternativo, particularmente útil cuando se carece de datos sobre ingresos, como información para caracterizar a los grupos de pobres previamente identificados conforme a la LP, o como forma de distinguir, entre los pobres considerados como tales con base en la LP, a los crónicos de los recientes. Así, en un trabajo reciente sobre la pobreza en Chile, la CEPAL señala: "La población con insuficiencia de ingreso alcanza 44.4%; de ellos, 12.4% tiene además privación crítica en materia de vivienda y servicios, mientras que 4% presenta carencias extremas en éstas, pero no así en ingreso. De este modo la población que tiene al menos uno de los dos tipos de carencias estudiados alcanza 48.4%".¹¹ A pesar de la cercanía de este texto con el MIP subsiste una diferencia conceptual (¿o será puramente terminológica?), ya que el trabajo *no considera pobre sino sólo carenciado* a ese 4%. Paradójicamente algunos autores, como Carlos Larrea, interpretando mal la posición de Kaztman, llaman al MIP "la metodología de la CEPAL".¹²

El artículo de Julio Boltvinik incluido en este número se propone una metodología para el MIP que, entre otras consecuencias, tiene la de que no necesariamente es pobre toda la población situada bajo la línea de pobreza o con alguna necesidad básica insatisfecha.

La eventual consolidación del MIP en América Latina y su extensión a otras áreas del mundo es un asunto de la mayor importancia. Integrar en las mediciones de pobreza el ingreso y las necesidades básicas insatisfechas significa integrar lo económico con lo social. Si combatir la pobreza es *a fortiori* una tarea conjunta de las políticas económicas y sociales, resultará muy difícil avanzar en ella si las mediciones siguen escindidas. Parafraseando a John M. Keynes podríamos decir que, con frecuencia, los hacedores de política son esclavos de un experto en mediciones sociales ya fallecido.

Conclusión

Conocer las causas y las consecuencias de los problemas sociales; evaluar y precisar con la mayor exactitud posible sus magnitudes y manifestaciones, es un primer paso indispensable para encontrar y proponer soluciones en beneficio de la mayoría de la gente. Por fortuna, se ha avanzado considerablemente en el estudio cualitativo y cuantitativo de la pobreza, ese flagelo que afecta del modo más terrible a 62% de la población latinoamericana. El lector podrá comprobar tales avances con ésta y con la próxima entrega de *Comercio Exterior*. En la actualidad ya no es posible sostener, como alguna vez lo hizo Ernest Hemingway contradiciendo al novelista Scott Fitzgerald, que la diferencia entre los pobres y los ricos es que éstos tienen más dinero. □

Julio Boltvinik

Coordinador del número

11. CEPAL, *Una estimación de la magnitud de la pobreza en Chile 1987*, LC/L.599, octubre de 1990, p. 10.

12. Carlos Larrea, *Pobreza, necesidades básicas y desempleo. Área urbana del Ecuador*, Instituto Nacional del Empleo e Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, Quito, 1990, especialmente el capítulo 2.